

CRONICA INTERNACIONAL

EL primer acontecimiento que tenemos que registrar en esta crónica lo constituye el viaje del Caudillo español a los territorios de África Occidental española. Visitó S. E. Sidi-Ifni, El Ayún y Villa Cisneros, poniéndose en contacto no sólo con las autoridades y elementos metropolitanos, sino con la población indígena, desde el Iman Azuz hasta la masa innominada. Conoció las aspiraciones y necesidades de los haamaranis y saharauis, y la situación actual de aquellos territorios donde tan dura es la lucha del hombre con el medio. De ese conocimiento salió un plan de obras públicas y fomento para hacer realidad tan rápidamente como sea posible el deseo de que el viejo problema de los accesos a Sidi-Ifni quede eliminado. Otras obras de comunicación, aprovechamiento —en la reducida medida en que el desierto o su antesala lo permiten— y ampliación de servicios (educativos, sanitarios, industriales, etc.), completarán el plan, que será paralelo a la actuación paraestatal y privada en el mar y en el subsuelo.

Pero no son sólo las realidades de transformación material las que merecen destacarse como consecuencia de la visita de Franco al A. O. E. Tres discursos pronunció, que señalaron con precisión otros tantos aspectos de la doctrina y de la actuación africana de España. En Sidi Ifni, Franco destacó el hecho incontestable de la fraternidad entre españoles cristianos y musulmanes, sellada por la mezcla de las sangres derramadas en la defensa de una causa común, y los propósitos altruistas que inspiran la presencia española en aquellas tierras: «porque España no es de los pueblos rapaces; España es de los pueblos que por donde pasa va dejando jirones de vida y pedazos de alma... el bienestar que pueda tener en España cualquier español, lo tendréis

también vosotros...» En el Ayún, Franco dijo a los reunidos: «Vuestros hermanos de España no vienen aquí a alterar vuestra paz, vuestra libertad y vuestro señorío; vienen a ayudaros, a traeros el progreso...»; «España es el único pueblo sobre la Tierra capaz como el Caballero de la Triste Figura, de estas grandes empresas, de redimir a un pueblo y ayudarle sin pedirle nada más que una sonrisa.» En Villa Cisneros, Franco se dirigió al mundo: «Hemos recorrido de Norte a Sur nuestras posesiones africanas; estos residuos del injusto reparto de esta costilla del noroeste africano, de la que al partirla, por un lado nos dieron el hueso y por otro el pellejo. Este hecho se ha traducido en dificultades sin cuento, porque no se trata de una zona donde pueda establecerse una industria con grandes rendimientos ni de la ocupación de grandes ciudades en las que el premio compensa al sacrificio, sino que han sido siempre las tierras áridas, las tierras sedientas, las tierras pedregosas con las que nos ha correspondido pechar... Nadie podrá decirnos que el pueblo español no es un pueblo colonizador; podemos asegurar que además es un pueblo que hace milagros... Venimos a estas tierras a elevar el nivel intelectual de sus hombres. Esto no es para nosotros un territorio improductivo, sino la espalda del archipiélago canario sin la que aquellas islas no podrían vivir... No se trata, pues, de un regalo, sino de algo consolidado por los siglos... Yo espero que si el mundo camina por los cauces debidos, se corregirán las injusticias que hemos padecido y llegaremos a una situación que haga más fácil y más fructífero nuestro esfuerzo. Tal es el precio que podemos poner a nuestra amistad, ya que hemos sido tantas veces obstaculizados.» Las palabras son bien claras, y para el buen entendedor no precisan explicación: los sordos voluntarios, o si se prefiere los «distraídos», difícilmente podrán continuar en su cómoda (para ellos) e irritante (para nosotros) postura. Porque en estos últimos decenios se ha hablado hasta la saciedad de que ha muerto la vieja colonización (estigmatizada más de lo que merecía) para dar paso a una tarea tutelar, que es una carga de honor para los países que la asumen, y que los pueblos tutelados no pueden ser objeto de operaciones mercantiles, como las de compra-venta... Todo eso está muy bien — a los españoles no nos enseña nada—, pero sin olvidar el otro aspecto del problema. ¿Quién designó a los pueblos tutores, y cómo fueron distribuidos los pueblos tutelados? Por mucho que la amnesia y la metáfora hermoseen los recuerdos, el Africa ac-

El resultado es el producto de la «carrera» de 1885-1912, en la que el espíritu de rapiña y el poder de las potencias decidieron las condiciones del reparto. Después de eso, cuanto se diga de la fidelidad «democrática» de los repartidos o sus tutores es bastante hueco; el problema subsiste y aún se ha agravado por la eliminación de algunos pueblos tutelares, y la concentración de territorios en el patrimonio de los más poderosos tutores. España ha ayudado en 1950 al presupuesto marroquí con una subvención de 141 millones y medio de pesetas, además de invertir directamente en atenciones africanas 284 millones de su presupuesto; al A. O. E. le ha ayudado con 27 millones (los territorios sólo pueden aportar tres de sus propios recursos). Para parangonar la acción española no cabe comparar a los dos Marruecos, el jalifiano y el sultaniano, ni al A. O. E. con el A. O. F., por ejemplo; porque sería como comparar a dos pequeñas embarcaciones con sendos trasatlánticos. Más justo sería parangonar al A. O. E. con la vecina Mauritania; y sin críticas para la gestión ajena —que hasta cuando es inamistosa recibe la admiración de España, si la merece— la nuestra no desmerece. Los países *beati possidentis*, piensan a través de discursos floridos y planes cifrados, en perpetuar el *statu quo*, contando de antemano con la silenciosa impotencia de los indígenas y con la idealística aquiescencia de España; pero cuando alguna preocupación ensombrece su digestión, piensan también que los españoles y los africanos dejarán su sangre para sacarles del apuro como carne de cañón gratuita. Están errados: a pesar de ciertos poderosos esfuerzos, el cerco que ellos mismos construyeron contra España por medio de la O. N. U. empieza a derrumbarse; algunos pueblos sometidos dan muestras de lo inseguro que es el dominio basado sólo en la fuerza y en el engaño, en cuanto han tenido ocasión de escoger. No cooperan e incluso se rebelan, aunque sea bajo una mala bandera. Las arcas al parecer inagotables del Tío Sam operan milagros —y uno de ellos es prolongar los Imperios que se cuarteán—, pero no ilimitadamente ni como panacea que pueda arreglar todos los problemas pendientes. El *chantage* en torno a España, lo mismo en su faceta africana que en la europea, fracasaría. España será tratada con más justicia —y esto supone revisiones y compensaciones, aunque ciertamente que muy modestos y tolerables para los afectados— o la repulsa del pueblo español se manifestará decisivamente cuando lleguen los momentos en que se acuerden de él... para los sacrificios.

Subiendo hacia el Norte nos tropezamos con el Mogreb o Berbería, cuyos componentes siguen el ritmo de la evolución mundial que agita al mundo extraeuropeo, con distinta pausa, claro está. Túnez hace honor a su tradición del país lotófago, prefiriendo el ritmo suave. El nuevo Gobierno de Mohamed Chenik ha logrado el milagro de conciliar a los elementos moderados, es decir, colaboracionistas, con las fracciones del Destur (el Secretario del Neo Destor, Salah-ben-Yusef es ministro de Justicia) y con los grupos hasta ahora aislados de independentistas y obreros. Bourguiba aparece ahora como defensor de la colaboración con los poderes residenciales, en favor de una mejoría de las mutuas relaciones revisando los vetustos Tratados de El Bardo y de La Marsa. En el Gobierno hay paridad de franceses y tunecinos. Túnez, que sólo cuenta con la vaga simpatía de los Estados Unidos y con el encendido —pero impotente— apoyo de la Liga árabe, tiene que contentarse con mejoras y alivios de su situación sin pretender de momento remedios totales. Alivio ha sido la ampliación del Ministerio, ocupando ciertos puntos de gobierno interior o relacionados con servicios públicos, nuevos titulares y funcionarios tunecinos. Y una menor interferencia de los poderes protectores en los asuntos domésticos. A cambio de ello, Túnez cambiaría su viejo rótulo (claro, pero desagradable) de protectorado, por el más moderno de Estado asociado, que enviaría sus representantes al hoy incompleto Alto Consejo de la Unión Francesa.

En Argelia el problema es distinto. Oficialmente no existe problema: «funciona» el Estatuto, y la substitución de M. Naegelen es un asunto puramente administrativo; bien que la propuesta de colocar un Secretario de Estado al frente del Gobierno General rebasara ese marco. Pero los elementos políticos autóctonos siguen expresando su descontento. Ferhat Abbas, moderadamente: «por la astucia y no por la violencia, debemos trabajar por la liberación», dijo un día, quejándose de no tener tanques ni aviones; Messali Hach, como siempre, con expresiones agrias, tratando de utilizar al M. T. L. D., ya que su disuelto Partido Popular no ha encontrado medios de reconstituirse. Al lado de los chispazos políticos, los forcejeos entre las fuerzas económicas enfrentadas (sindicatos, propietarios, empresas) animan el panorama argelino, fuertemente matizado por la influencia del panorama político-social de Francia.

Marruecos ha estado mucho más animado aún, por tres aconteci-

mientos de indudable trascendencia para el futuro del país: la reforma del Gabinete Imperial (nos parecería excesivo llamarla del Majzen), el viaje del Sultán a Francia y la Conferencia de diplomáticos americanos en Tánger. Respecto a la primera, Si Mohamed Jahni, miembro del Tribunal S. del Cheraa, fué nombrado Director del Gabinete del Sultán, en substitución de Si Kaddur ben Ghabrit, casi siempre residente en París (donde dirige el Instituto Musulmán); secundándole como adjunto Si Missaud Chiguer (antiguo Jefe del Gabinete del Gran Visir) y si Benaser ben el Hach Bubequer, que era Jefe de la Mahakma de Fez, y Si Mohamed ben el Abbas Kabai, Secretario del Tribunal S. del Cheraa. Si Mameri, antiguo jefe adjunto de protocolo, ocupa el nuevo visiriato de la Casa Imperial —análogo al Ministerio homónimo que existe en muchos países del Oriente— conservando funciones protocolarias como Director de Cancillería el citado Ben Ghabrit. La reforma indica una tentativa de aproximación entre el *Istiqlal*, representado por Jahni, y los cuatro majzenianos. De hecho, El Vassani, jefe del Movimiento Democrático ha adoptado una postura de apoyo al Sultán en su resistencia a someterse a las pretensiones francesas. Porque tras de los actos de protocolo o festejo que nutrieren el programa del viaje —ligeramente accidentado en Burdeos por la actitud de algunos obreros norteafricanos— se escondía el deseo del Gobierno protector de llegar a un *fait accompli* que, a cambio de ligeras concesiones, acalle durante una veintena de años los anhelos marroquíes, transformando al país en un Estado Asociado estilo Camboya. Lo irreconciliable de las dos tesis es indudable. El Sultán, recogiendo los anhelos de su pueblo, admitiría un período transitorio, lo más breve posible, de influencia francesa en ciertos servicios técnicos, y hasta una alianza; pero recuperando su independencia, traducida en el ingreso en la Liga Árabe y en la O. N. U. Francia, brindando nuevas reformas administrativas de tipo descentralizador o autonómico, pero conservando sólidamente la representación y la defensa de Marruecos —con su concurso en el cuadro del sistema atlántico— dentro de la Unión Francesa, sin mayores manifestaciones que las simbólicas que hasta ahora han gozado Laos, Camboya y Viet-Nam. Sólo que el Sultán tiene detrás de sí las estipulaciones de importantes Tratados que impiden que su debate se reduzca a la categoría de un asunto puramente franco-marroquí, porque hay

terceros interesados con los que es preciso contar para cualquier cambio del *statu quo*.

De la Conferencia de diplomáticos en Tánger, dijo su Presidente, el Secretario adjunto de Estado Mac Ghee, que era «una reunión sin importancia». ¿Para una reunión sin importancia asistieron los señores Butrick, Director general del Servicio Exterior; Bourguerie, Director adjunto de África; Koppei, Director adjunto para Oriente Medio, y Clark, representante americano en Libia? No lo creemos. Las versiones que se dan de lo tratado revelan la persistencia en lo que llamaremos «mentalidad diplomática estadounidense» de ciertos rasgos simplistas que aplicados inflexiblemente pueden perturbar más que solucionar. Al parecer predominó el grupo partidario de transigir con la transformación de Marruecos en «Estado asociado», naturalmente que a cambio de fuertes compensaciones: subsistencia de las situaciones creadas en Tánger y Port-Liautey; derecho del presunto Estado asociado de estar representado en Wáshington y comerciar directamente con el Tío Sam; conservación de la «puerta abierta» aunque sólo se abra hacia adentro... No faltó quien rememorando al espectro de Soulié —cuando proponía un siglo ante la «solución» del llamado problema cubano, comprando las islas a España— sugirió una fuerte compensación monetaria para algún tercer país interesado, a cambio de su aquiescencia: virtualmente de su renuncia. Aunque las cosas son un poco más complicadas y el pueblo marroquí tendría que decir algo sobre ellas.

En el otro extremo de África, un acontecimiento vigorizó la política segregacionista y autonomista del Dr. Malaan, como Jefe de la Unión Sudafricana: la victoria de su partido en las elecciones en el antiguo mandato, hoy territorio del Sudoeste —que es casi la quinta provincia— donde consiguió las seis actas, según sus adversarios por el apoyo de los votantes *ex alemanes*. Lo cierto es que de faltarle dos votos para la mayoría —suplicados con el apoyo de las nueve «afrikanders» del partido de Havenga— ha pasado a tener un mayoría, débil pero sólida, que le permitirá pasar por encima de la O. N. U. y de la ex metrópoli, en la realización de su programa, que incluye la eventual substitución del Gobernador general por un Presidente, por el estilo de lo que ya ha hecho la India, sin salirse de la Mancomunidad. Su antagonista, el mariscal Smuts, antes de morir pudo presenciar este triunfo, que le disgustó seriamente. Con su desaparición es una

época la que se cierra en la historia sudafricana: la que empieza con Rhodes y Kruger, y concluye con Smuts.

Saltando al extremo nordeste de Africa —a través de Etiopía, indignada por la lentitud de la O. N. U. en resolver según sus deseos el problema eritreo — tropezamos con la Liga Arabe, en trance de reorganización. Su más potente miembro, Egipto, ha conocido una campaña política muy viva alrededor del «escándalo» de la compra de armas inservibles a ciertos países, culpables en buena parte de los contratiempos militares en Palestina. El Rey Faruk —que en su viaje estival por Europa tocó tierra española— autorizó la libre investigación y el castigo de los culpables, satisfaciendo así a la oposición. Cruzado el Canal (que en lo futuro contará con un puente por encima de su trazado acuático) nos encontramos con un mundo agitado: crisis políticas en Iraq, Jordania, Israel y Siria. La más curiosa, la de Israel: Ben Gurión, desahuciado por el Knesset, es sucedido por... Ben Gurión apoyado por los grupos religiosos e izquierdistas en el propio Knesset. En realidad, y mientras egipcios, jordanos e israelitas se acusan mutuamente de violar los armisticios y de preparar nuevas agresiones, la crisis sionista es de congestión de superfinancieros que han consumido todos los dólares recibidos en su magna tarea de fructificar al desierto y crear un nuevo Estado a base de una estructura económica inviable. La crisis siria fué más seria: el tercer golpe de Estado en poco tiempo: después de Husni Zaim, el de Sami-el-Hennavi. Luego el del coronel Chichakli, que ha logrado entregar el poder a un civil: Hachim el Attasi Pachá, secundado por Kazam el Kudsi, y aprobar una nueva Constitución (el 5 de septiembre) bastante moderada a pesar de la ruda guerra de las minorías, temerosas de una ulterior interpretación estrecha del art. 3.º, según el cual el Islam es la religión básica del Estado. Se trata de la cuarta Constitución (que ha sucedido a las de 1920, 1928 y 1949) y registra algunos deslizamientos hacia el colectivismo agrario, aprovechados en sus ataques por la oposición parlamentaria, formada por el «bloque» Huran-Nizamendin, los nacionalistas de Kayali, Asali y Jabiri, los «hermanos musulmanes» y los liberales. La inquietud de esos países subsiste más al Este: Iraq y, sobre todo, Irán se enfrentan con un recrudecimiento de la actividad de los Comités exilados por acuerdos de París, dirigido por el viejo Cherif Pachá (que pudiéramos considerar como el Shygman-Rhee Kurdo) y de la capital armenia de Eriwan,

de raíz soviética, aunque explotador de la influencia de Ghazi Mohamed, víctima de la represión de 1946, pero bajo la dirección de Mustafá Barzani. Unos delegados kurdos, entre los que figuraban Kaamuran, Ali Bedru Jan, Ferzende Chichak y Zaza Mohamed, pidieron a la O. N. U. hace dos años la independencia kurda. Ahora han insistido con una agitación que coincidió con las presiones soviéticas sobre el Irán a propósito del petróleo de su frontera norte. Más al Este, Afganistán y Pakistán siguen disputando agriamente sobre la suerte de las regiones fronterizas, sobre todo del área tribal prácticamente independiente del N. O. La población pughtunga (es decir: afgana) de esa frontera ha proclamado nada menos que la independencia de un nuevo Estado, el Puchtunistán, que albergaría por los menos a tres millones y medio de almas, según el acuerdo de la gran Yirga de Loeh, y ejercería una función atenuadora entre los dos vecinos. Pero Karachi piensa con razón que el nuevo Estado tomaría el rumbo de la flamante República de Hatay, que antes del año de existencia fué absorbida por Turquía. También sigue preocupando al Pakistán el atareado problema cachemireño, que la obstrucción de la India, beneficiaria del *statu quo* de ocupación de la mayoría del país, prolonga a despecho de las ineficaces exhortaciones de la O. N. U. El último mediador, Sir Owen Dixon, se inclinaba como única salida a su juicio practicable, a una partición que sobre poco más o menos aceptara la línea de separación de las fuerzas ocupantes —beneficiando a la India sin satisfacer a ninguna de las partes—. La O. N. U., comprometida por sus anteriores acuerdos en favor de un plebiscito libre, ha vacilado entre sus compromisos y las realidades, contribuyendo con ello a dilatar el pleito, sin aquietar a los litigantes. Y ello a dos pasos del comunismo. Porque la India filocomunista del Pandit Nehru, que intercambiaba misiones y regalos con Mao Tsé, ya lo tiene en su frontera. A despecho de las frases equívocas y amables de Chu en Lai a Sardar Panikkar, embajador de Delhi en Peking, el Ejército rojo invadió el Tibet, sin más resistencia que la de las malas carreteras, la pobreza del suelo y el clima rudo. El Dalai-Lama, atacado espiritualmente por el Pachen-Lama, instrumento del «Comité de Liberación del Tibet» de Batanfú, tuvo que pensar en la huída al Sikkim como única solución. La misión tibetana que esperaba en Nueva Delhi la mediación hindú para pasar a Peking a negociar, se vió chasqueada; y el propio Pandit burlado en su papel de:

mediador. En rigor, Tibet era un territorio reconocido como perteneciente, con cierta autonomía, al Imperio chino por los acuerdos de 1890, 1904 y 1914. Los derechos de intervención otorgados por China y la Rusia zarista —la U. R. S. S. denunció los «tratados zaristas»— a Inglaterra, no fueron confirmados a su sucesora la India en 1947. Más aún: Nepal se independizó. La independencia tibetana era una situación *de facto*, e intermitente: es lógico que los chinos —rojos o no— intentaran aprovechar cualquier oportunidad para acabar con ella. Y ahora la han tenido. La morleja no servirá, sin embargo, para escarmentar a los Gobiernos partidarios del apaciguamiento. Y para animarles a beneficiarse de la inquietud creada en Nepal por la huída del Rey y la pugna entre el Consejo y el primer Ministro. Porque el comunismo asiático —u oriental— sigue vivo y activo.

En Corea, una espectacular *volte face* del curso de la guerra —debida al desembarco de Mac Arthur cerca de Seul— le fué adversa; pero jugando hasta el último momento de todos sus recursos, mediante la combinación de todas las políticas: resistencia hasta el agotamiento, exterminio de prisioneros y «tierra calcinada» (además de desmantelamientos de las instalaciones desmontables) en el frente; guerrillas detrás; amenazas efectuadas de intervención armada china y ayuda efectiva en suministros chino-rusa desde allende la frontera; lágrimas pacifistas, obstrucción, acusaciones diplomáticas y cabildeos secretos en Lake Success y Flushing Meadows. Ya que ayudada por poderosas celestinas —Albién en primer término— mientras la China roja pugnaba por infiltrarse en la O. N. U., su filial coreana pugnaba por ser salvada por alguno de sus agredidos. Y en efecto, la O. N. U., después de autorizar vergonzantemente el cruce del paralelo 38, limitaba al mismo la autoridad del Gobierno sudcoreano que un año antes había declarado «legítima representación del pueblo de Corea». Con democrática incongruencia —usual desde 1945—, su plan de pacificación imponía en el Norte unas elecciones anteriores a la unificación, evacuación y reconstrucción, que para los derrotados por Mac Arthur no dejarán de ser tan asidero, como para Shyngman Rhee y los suyos ducha fría. Si de la entrevista Mac Arthur-Truman en Wake salió acelerada la idea de un rápido (?) tratado de paz con el Japón —que la U. R. S. S. aceptó *a posteriori*, como única manera posible de seguir perturbando e interviniendo—, en cambio, la idea de salvar a Formosa no ganó nada. En vísperas electorales, Truman

consideró hábil no comprometerse a nada, sino quedar en libertad de un arreglo entre cortinas con Mao Tsé —su eterna y contumaz ilusión— a base de sacrificar a la isla, y sus ocupantes, como si con ello aplacara el apetito moscovita, manifestado más al Sur con las acometidas *hujs*, que obligaron al Presidente Quirino a suspender las garantías constitucionales en gran parte de Luzón; en los asaltos en la jungla malaya, fuente inagotable de muertes para militares y paisanos, y de gastos y pérdidas para las economías de la metrópoli, el protectorado y el coadyuvante (Australia). Y sobre todo en la gran ofensiva del Tonkin, que sucedió en octubre-noviembre al período de los actos terroristas urbanos y de las emboscadas rurales. Desde Lao-Kay a Monkay el dispositivo francés de defensa —a base de los clásicos métodos de los «puntos de apoyo fortificados» con su cotidiano y costoso problema de abastecimiento— saltó en mil pedazos entre evacuaciones y retiradas que costaron la vida a cinco mil *hijas-tros* de Francia: legionarios alemanes, tiradores marroquíes, auxiliares del país, etc. Las frases tranquilizatorias del General Juin y del Ministro Letourneau, llevados con urgencia, no calmaron la inquietud de los amenazados ni satisficieron por completo a la alarmada opinión francesa. Es verdad que detrás del Emperador Bao Rai —abrumado y serio— y del Alto Comisario Pignon —sonriente y tranquilizador— estaba la figura clave del ministro norteamericano, que prometió ayuda rápida y decisiva de su país, aunque las ayudas exteriores para conservar las dependencias propias suelen pagarse muy caramente. Pero el porvenir no por ello deja de presentarse más inquietante e incierto; lo mejor que prometía era una lucha larga, devastadora de las riquezas locales y aventadora de esa concordia sin la cual tutores y tutelados se miran con hosquedad y se formulan reproches a cada paso; la historia de Siria hace un lustro se evoca involuntariamente. No es sólo el Viejo Mundo el agitado. En el corazón del Mediterráneo americano, y en una colonia —aunque se escamotee el nombre— sometida desde 1898 a la «pax americana», mediante una revuelta armada, rápidamente sofocada, pretendieron los nacionalistas adueñarse del poder disfrutado por el grupo colaboracionista que dirige Muñoz Marín; la lucha fué sangrienta en torno a la histórica fortaleza de San Juan y en La Jayuya. Fracasada la intentona no es difícil prever un nuevo período de represión del partido fiel a Albizu Campos —relacionándolo con el atentado-suicida contra la residencia

del Presidente Truman. La represión —ni su paliativo el plebiscito de 1951—, sin embargo, no darán a la isla la concordia ciudadana que necesita, para batallar contra la abrumadora realidad de la miseria popular. Puerto Rico, dependencia del país autor del Punto IV, que en 1898 vivía próspera, necesita hoy urgentemente cualquiera de las ayudas que la burocracia internacional derrama con esplendidez en otros escenarios más afortunados. Algo semejante sucede — dando un gran salto— en la mediterránea isla de Malta, que hace sus primeras armas en el campo de la autonomía restaurada. La crisis económica derrotó en las elecciones al laborismo mayoritario en beneficio del nacionalismo. Al Dr. Boffa sustituyó el Sr. Mizzi, como jefe del Gobierno, que, sin embargo, se encontró con el mismo irresoluble problema de su predecesor.

Cerramos nuestra panorámica visión de los acontecimientos internacionales del mundo dependiente, con dos notas curiosas. Una —¡quién lo diría en 1950!— es la fundación de una nueva colonia, la Antártida francesa, independizada del Gobierno territorial de Madagascar y que agrupará a las islas Crozet, Marion, Nueva Amsterdam, San Pablo y Kerguelen (donde radicará la capital de la Colonia), más el territorio antártico continental de Adelia; por lo visto, el Ministerio de la Francia de Ultramar tenía fundadas aprensiones de que en la carrera por los hielos, el patrimonio francés no fuera respetado por las ocupaciones extranjeras. El apetito polar de la U. R. S. S., aunque localizado en la tierra de Graham, puede dirigirse en cualquier otra dirección. Y para contestarle, la Unión Sudafricana ocupó dos islas (Príncipe Eduardo y Heard) que Francia consideraba teóricamente suyas. El aviso fué suficiente.

La segunda nota afecta a España: En los debates y votaciones en la O. N. U. en torno a la derogación de los famosos acuerdos condenatorios de 1946, el afecto y la amistad del Mundo Ultramarino de origen ex colonial ha estado con nuestra Patria. No sólo la gran mayoría de Hispanoamérica (y con ella Brasil, Haití y Filipinas), sino todo el bloque árabe: Irán, Afganistán, Pakistán y Tailandia. Como los tres Estados independientes de Africa (Egipto, Liberia y Sudáfrica). Etiopía quedó tan vacilante como «orientadora» británica. Otro dominio, Canadá, también nos fué favorable, mientras que varios antiguos adversarios se trocaban en abstencionistas (India, Birmania, Australia, Nueva Zelanda). Por algo será que esos pueblos

jóvenes, con un instinto más sano que el de las viejas diplomacias carcomidas, se hayan inclinado, en un ambiente aún saturado del veneno vertido hace años, hacia la causa de un viejo país colonizador que ahora se asocia sinceramente a las ansias de vida libre de las jóvenes naciones emancipadas. Hermosa y elocuente lección a ciertas ex metrópolis o metrópolis empeñadas en sostener el entuerto. Y para un joven Estado que «se pasa» de listo: Israel. Quien siembra vientos cosecha tempestades.

La O. N. U. ha resuelto, por fin, el problema de Eritrea en virtud de la aquiescencia de las dos partes extremas (Etiopía e Italia) a la fórmula federativa. Por 40 votos contra seis y cuatro abstenciones, Eritrea ha sido confiada a la Corona Etíope en un régimen de Unión federal que mantenga en común los servicios diplomáticos y defensivos, y permita la autonomía de los dos de carácter interno. Hace falta esperar a la articulación en detalle del acuerdo para juzgar de sus efectos. Una sola cosa está clara: que sin ser en principio una solución disparatada, en la práctica va a originar frecuentes conflictos porque la minoría shiftista, apoyada por las autoridades de Abdis-Abeba pretenderá eliminar a sus adversarios de la vida pública.

En otra ex colonia italiana, en Libia, la Asamblea preparatoria ha expresado su deseo de que se proclame Rey al Emir Idriss el Senusi. Esto supone una victoria para los intereses ingleses y una derrota para los franceses e italianos. Probablemente la Asamblea Constituyente que habrá de reunirse aceptará esta fórmula (bien que instituyendo una monarquía federal) como única capaz de mantener la unidad del país.

Y cerramos la crónica registrando la impresión de desconcierto y temor del mundo occidental ante la irrupción militar de China en Corea y Viet-Nam, y los sucesos antiblancos de Singapur, muy significativos para el buen entendedor.

JOSÉ M.^o CORDERO TORRES